



## Los nuevos â??colonosâ?? del Delta del Orinoco acechan Santa Catalina

### Descripci3n

Son los 3ltimos d3as de febrero de 2025 y llueve a c3ntaros.

El aguacero anima a un pescador de 53 a3os a decir, guarecido bajo un frondoso 3rbol a escasos metros del r3o Orinoco, que las *caba3uelas* â??un m3todo ancestral para predecir el clima del a3o, extendido por la Am3rica hispanaâ?? se est3n cumpliendo.

El hombre prefiri3 no salir a pescar hoy en el enorme r3o Orinoco, el m3s caudaloso de Venezuela y el tercero del mundo. La lluvia mantiene en sus casas a los poco m3s de 1.500 habitantes del peque3o poblado de Santa Catalina, [estado Delta Amacuro](#), que se levanta a orillas del brazo m3s grande del d3dalo fluvial por el que el llamado *r3o padre* fluye hacia el oc3ano Atl3ntico.

El hombre no quiere que cese la lluvia. No por el bien que esta puede hacer a las tierras endurecidas por la sequ3a o al ganado disperso en la [isla T3rtola](#), vecina a la comunidad, sino porque â??piensaâ?? quiz3s el chaparr3n, a veces llovizna, â??disipe las malas energ3as? y calme un poco el ahora convulso lugar.

Las malas energ3as no siempre predominaron en la comarca. En 1897, James E. York, gerente de la empresa de origen estadounidense, Orinoco Iron Company, luego de un viaje a Santa Catalina, report3 que nunca hab3a visto dep3sitos de hierro de tan alto grado como los del lugar, â??ni siquiera en la cordillera de Mesaba en Minnesotaâ?•, seg3n relata Luis Ugalde, te3logo y fil3sofo jesuita, ex rector de la Universidad Cat3lica *Andr3s Bello* (UCAB), en sus estudios sobre los proyectos de colonizaci3n en los siglos XVIII y XIX de la Guayana venezolana, regi3n selv3tica del pa3s al sur del Orinoco. â??La cualidad del mineral es muy superior al de Espa3a y 3frica con los que entrar3i en competenciaâ?•, se entusiasmaba York en un art3culo de ese a3o en el *Venezuelan Herald*, un diario de fines del s. XIX.

Se avizoraba, en la misma pieza period3stica citada por Ugalde, un â??futuro color de rosa? y â??una prosperidad hasta ahora desconocida en el Territorio Deltaâ?•, una regi3n agreste y casi inexpugnable, cruzada por decenas de ca3os. En l3nea con los pron3sticos de York, el lugar de Santa Catalina, un poblado misional fundado en el s. XVIII, fue designado como el coraz3n de la

nueva explotación, donde la compañía construyó su sede y un hotel de 23 habitaciones distribuidas en dos alas de dos pisos cada una. La colonia reunió a unas 200 personas y había planes para expandir su población mediante la oferta de transporte barato y tierra gratuita para quienes llegaran a explotar el balatá, una resina gomosa natural semejante al caucho, y otros recursos locales. Antes de los norteamericanos, los británicos se habían propuesto colonizar el sitio con emigrantes venidos principalmente de Irlanda y, todavía antes, los españoles miraron esta región como clave en la defensa estratégica frente a las incursiones extranjeras, siempre según recoge Ugalde.

Aparte de esos buenos auspicios y promesas de futura prosperidad, hasta hace unas décadas Santa Catalina sumaba puntos para ser un paraíso. No solo por su ubicación privilegiada a orillas del Orinoco o por estar rodeada de una selva frondosa, sino también por su espectacular biodiversidad amazónica y su riqueza cultural aborigen.

Pero las mutaciones que Santa Catalina experimentaría, no siempre atribuibles a las mieles de la modernidad, se desarrollaron en muchas direcciones, y muchas de ellas resultaron indeseables. Tanto, que jóvenes y adultos dicen ahora que a estos territorios ya no los visita nadie: ni autoridades municipales ni estatales, ni turistas, ni exploradores aventureros como York. Los únicos visitantes habituales, tanto en Santa Catalina como en las comunidades aguas arriba y abajo del Orinoco, son unos nuevos *colonos*: gentes de uniforme militar y dotadas con armas que se han presentado como exmiembros de las desmovilizadas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), tal vez disidentes, y que vienen incursionando por el territorio venezolano en dirección oeste-este desde la firma del acuerdo de paz con el Estado colombiano en 2016.

## El viejo y el narcomar

Ha cesado la lluvia y el cielo se pinta de naranja. El ruido de una lancha a motor alerta a quienes están cerca del puerto de Santa Catalina. ¿Allí vienen?, comentan un par de jóvenes. A menos de dos metros de ellos, otro par de niños juegan y se sumergen en el agua.

El bote, cuyo casco está adornado con franjas rojas y verdes, alcanza la orilla. Entonces, 14 hombres armados y uniformados desembarcan sin apuro. Otros cuatro, al menos, permanecen cerca de la lancha. Levantan lo que a primera vista parece solo un cajón, para descargarlo. Pero se trata de un ataúd con arabescos dorados. Otros cargan bolsas negras. Son flores.

Es el cortejo fúnebre fluvial para el entierro de *El viejo*, un exlíder guerrillero, muerto en septiembre de 2024. O asesinado, como coinciden en precisar varios catalinenses, el gentilicio de Santa Catalina.

El aguacero no detiene los preparativos. En el cementerio, ya abrieron la fosa. A escasos metros del puerto, una decena de sujetos uniformados, con botas de goma y franelas con estampado de camuflaje, preparan sopa y carne en vara. Hay civiles junto a ellos. Un par de mujeres buscan a los niños parroquianos que se encuentran alrededor de la Iglesia y les piden asistir al velorio para rezar un rosario.

A *El viejo*, el alias de Aldemar Suárez, lo empiezan a velar a las afueras de una cervercería, a escasos metros de la plaza Bolívar. Cada tanto rocían un *spray* alrededor del féretro, quizás para disipar malos olores. Su séquito, armado y con uniforme, rodea el ataúd. Están allí sus hijos: Juan

o Gálipa, el mayor; Daniel, que lo sustituyó en el mando; y Joandry, el menor, todos de origen colombiano. La comunidad tiene que agradecer porque él murió por todos nosotros. Batalló toda su vida, primero en Colombia y luego en Venezuela por un ideal de libertad. Se identificó tanto con Venezuela que dio su vida por ella, dice uno de ellos, trajeado de verde oliva, frente al frente de Suárez, un hombre de 60 años descrito por quienes lo conocieron en vida como un hombre culto, carismático y humilde.

Fue con la bandera de la libertad que llegaron a Santa Catalina, capital de la parroquia Rómulo Gallegos, municipio Casacoima, del estado Delta Amacuro en 2020, poco antes de que la pandemia de covid-19 alcanzara el país. Lo primero que hicieron fue convocar a la comunidad para una asamblea, a la que asistieron unas 30 personas. Decían que querían hacer vida aquí. Quien lideró esa vez se identificó como el comandante *Camilo*, tenía acento colombiano, y decía que bueno sería que cuando yo viniera me dijeran Don Camilo, vamos a tomarnos un café. Pedían apoyo de la comunidad, nadie les dijo que no, pero tampoco que sí, recuerda un catalinense de 61 años.

Ahorita tienen problemas de luz, tienen problemas de agua, todo eso lo podemos solucionar nosotros siguió *Camilo*, tentando a su público.

Todos nos quedamos viendo los caras, recuerda el hombre, de piel morena y voz baja, sorprendido junto a sus vecinos por el conocimiento de los recién llegados sobre la zona porque, ciertamente, en Santa Catalina no hay agua ni electricidad desde hace más de una década.

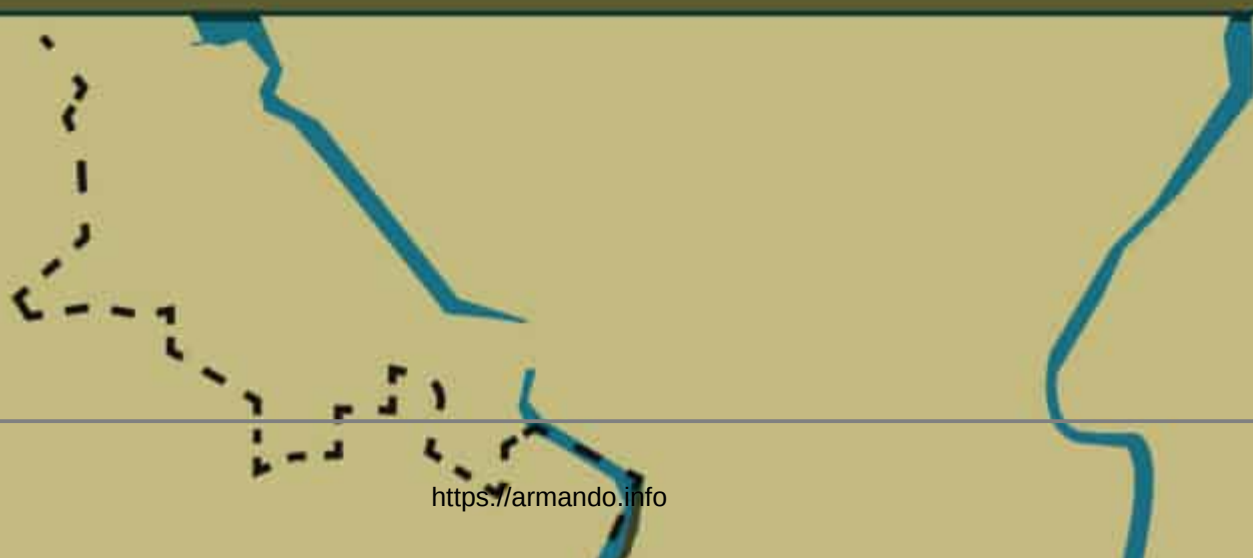
Sí, aunque no me quieran creer. Ustedes no se imaginan lo que pasa por el frente de sus narices. Si cobráramos por todo lo que pasa, ustedes tendrían tres y cuatro plantas eléctricas recalca el comandante.

A lo que se refería *Don Camilo* era el movimiento de drogas y, en menor medida, de minerales y otras mercancías, por el río Orinoco, la principal fuente de ingresos de los disidentes de las FARC.

Moverse por el río Orinoco para, de ese modo, controlar el tráfico de drogas y oro, no era un propósito gratuito. Varios eventos confirman el carácter estratégico de esta vía fluvial para las economías ilícitas y sus rutas caribeñas o transatlánticas. A principios de marzo de 2023, por ejemplo, el Comandante Estratégico Operacional de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana (FANB), Domingo Hernández Lárez, difundió noticias por la [red X](#) sobre la intervención, mediante operativos militares en el Delta del Orinoco, de un campamento de grupos delincuenciales asociados al narcotráfico y sobre la [incautación](#) de un submarino semisumergible usado para el tráfico de drogas.

# Un rincón perdido

Santa Catalina es un poblado  
sureste de Delta Amacuro,  
Orinoco Iron Company, una  
inició la explotación de hie



En diciembre de 2020, una fiscal del Ministerio Público en Delta Amacuro, Guerlys Hernández Urrieta, y su esposo, Jorge Luis Hernández, fueron detenidos por su presunta vinculación con el [decomiso de 2.012 pastillas de la droga](#) sintética conocida como [Áxtasis](#) (Metilen-dioximetanfetamina) a bordo de una embarcación en aguas del Orinoco. La cercanía de las costas del estado Delta Amacuro con Trinidad y Tobago hace a esta entidad propicia para el narcotráfico. La droga llega hasta allí en cargas que suelen ser más pequeñas y viajan en embarcaciones de menor tamaño, se alaba Transparencia Venezuela en un [informe de 2024](#).

El tráfico ilícito de sustancias controladas explica gran parte de este fenómeno. La Guardia Costera de Trinidad y Tobago, la nación insular de habla inglesa ubicada a apenas dos horas en lancha desde Delta Amacuro, realiza monitoreos esporádicos en la zona. También la Armada francesa, responsable de la vigilancia marina desde Cayena-Guayana Francesa, patrulla esas aguas del Atlántico. Sin embargo, sus esfuerzos resultan insuficientes. Además de las lanchas rápidas con potentes motores fuera de borda que transportan o recogen cargamentos que avionetas no identificadas lanzan al mar, los ya clásicos semisumergibles *artesanales* que transportan cocaína por altamar también consiguen eludir a las autoridades.

Fuentes de inteligencia caribeñas indicaron para la presente cobertura que estas embarcaciones recorren la región para, luego, transferir la carga a buques pesqueros oceánicos y portacontenedores con destino a Europa y África Occidental. Un mecanismo que, según relatan, pasa inadvertido porque la mercancía termina por viajar en embarcaciones extranjeras, sin vínculos directos con Venezuela, pese a que provienen de esa nación, territorio caliente del narco, y de su ducto natural, el Orinoco.

El tránsito de cocaína hacia Venezuela suele comenzar en los países productores de la región andina, reseña el [Informe 2021](#) de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (Unodc, por sus siglas en inglés). A partir de allí, se han identificado tres rutas para la distribución de la droga en el mercado internacional: la del Pacífico oriental, que se calcula representa 74 % del total; la del Caribe occidental (16 %), que parte de Colombia; y la del Caribe (8 %), que parte tanto de Colombia como de Venezuela. En esta última ruta se hace común el uso tanto de lanchas rápidas como de aeronaves para el transporte de drogas.

La Unodc no identifica a Venezuela ni como país de origen ni de [destino](#), sino como país de tránsito de la cocaína, a diferencia de la vecina Colombia, tenida por [país de origen](#) de envíos incautados de cocaína entre 2016 y 2020. Los [principales destinos](#) son Suramérica, el Caribe, Centroamérica y Europa Central.

## Peaje armado y velatorio

El hombre oriundo de Santa Catalina dice que, después de aquella primera asamblea, empezaron a venir de visita (...) desde que llegaron al pueblo dicen que vienen por orden del Gobierno. En los primeros meses de su presencia, recuerda, la gente prefería no salir a la calle. Temían enfrentamientos de los recién llegados con el *sindicato* de Barrancas, otro grupo criminal con cabecillas venezolanos que controla el tráfico de drogas, mercancías y todo lo que se mueva por el paso del río entre Barrancas del Orinoco, sobre la ribera norte en el estado Monagas, y Piacoa, sobre la ribera sur en Delta Amacuro.

Al igual que Santa Catalina, Piacoa está en el municipio Casacoima, y también en una posición estratégica a la que se accede por tierra y por agua. Cuando en 1884 el entonces presidente venezolano, Antonio Guzmán Blanco, creó el Territorio Federal Delta, fueron estos dos poblados, además de Sacupana, los propuestos como capital regional, para concentrar allí las operaciones de la naciente Compañía Manoa, incorporada en Nueva York pero con derechos exclusivos para fundar una colonia en el Delta y explotar sus riquezas.

De Piacoa hacia el este, el control armado lo detentan los presuntos disidentes de las FARC, quienes en principio montaron su base en un sector conocido como Catalinita y, luego, en Mena. Ahora alcanzan el caño Amanoco, a unos 20 minutos de Santa Catalina, y tienen presencia en La Fe, una comunidad cercana a Piacoa. Se mueven, siempre con sus armas y uniformes, en embarcaciones de hasta dos motores. De hecho, en Santa Catalina ya los identifican de antemano por el ruido de sus lanchas. Antiguamente, cuenta un habitante, llegaban con el brazalete de las FARC puesto, pero últimamente no lo portan: «Creo que se han hecho más autónomos y disidentes. Se identifican con el jefe».

Hasta septiembre de 2024, ese jefe era *El viejo*. Cuentan los lugareños que fue asesinado a traición por miembros de su propia facción. «Estaba en el campamento y le dijeron que iban a sustituirlo por otro. Disolvió el campamento y dio de baja a todos. De todas maneras, vinieron los que querían sustituirlo, lo engañaron y lo asesinaron a tiros para hacerse del control», contó un lugareño.

Entonces, coinciden los testimonios, los hijos del comandante regresaron a por lo suyo, se reagruparon, contraatacaron, cobraron venganza y retomaron el control del grupo. «Descubrieron dónde lo habían enterrado [a *El viejo*], entre La Fe y Piacoa, lo sacaron y lo trajeron para enterrarlo», relató.

Los uniformados suelen llegar a Santa Catalina a buscar comida, tomar alcohol y rumbear en las noches. Pagan en dólares la mayoría de las veces, aunque en la comunidad también les aceptan bolívares, la moneda oficial de Venezuela. A partir de su llegada, reconocen los lugareños, cesaron los robos de ganado y gallinas. Aún así, esa mejora no fue suficiente para que la comunidad los dejara de rechazar, aunque no puedan hacerlo de frente.

«La comunidad escucha y ya. No nos hemos atrevido a decirles que no, y a la vez es cierto que dentro de la comunidad hay quienes han establecido relaciones con ellos. En un momento empezaron a llevarse muchachos, a sondearlos, a ofrecerles pagos en dólares, celulares y hasta balones», cuenta una ama de casa de 43 años. «Una tiene que aprender a saludar amablemente. ¿Cómo está? Buenas noches». A veces se quedan callados o te pueden preguntar algo y luego te dan una pequeña charla: «Aquí estamos para proteger a la comunidad, no se preocupen, esto es territorio de paz».

Una de las preocupaciones de quienes habitan en Santa Catalina es que, precisamente, entre ellos no hay ni policías, ni Guardia Nacional ni vigilancia fluvial. La [Ley Orgánica contra el Tráfico Ilícito](#) y el Consumo de Sustancias Estupefacientes y Psicotrópicas, promulgada en 2005 pero derogada apenas cinco años más tarde, en 2010, estableció en su artículo 104 que en Delta Amacuro, dadas sus características, se crearía un sistema integral de inteligencia, prevención y persecución contra el tráfico de drogas conformado por la Armada, la Guardia Nacional Bolivariana (GNB), el Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas (Cicpc) y el Ministerio Público, que constituiría a una Fuerza de Tarea Especial para el control y vigilancia de los ríos y caños y, con ello, «evitar

que el Delta, dada su vulnerabilidad, se convierta en una zona preferente para las actividades del tráfico de drogas y asiento de corrupción de la sociedad civil y las instituciones de ese estado fronterizo, incluyendo la protección del hábitat de los pueblos indígenas allí asentados?», según se leía en el documento. Pero la intención se quedó en la mera teoría.

En el pequeño edificio de locales comerciales, frente al velorio de *El viejo*, funcionaba hasta hace un par de años un comando de la Guardia Nacional. En los años 90, recuerdan los catalinenses, había un policía asignado. Uno.

«Ahora no solo es que no hay ningún cuerpo policial, sino que no hay ninguna entidad del Estado ni para defensa de los niños, ni para protección de la mujer, no hay nada, por eso es que aquí habrá gallos y violencia contra los niños y las mujeres porque, ¿a dónde vas a reclamar? ¿Con qué lancha, con qué internet?», lamenta un ama de casa de 50 años de edad.

La lista de carencias es extensa. No hay electricidad desde hace más de 10 años y quienes cuentan con corriente eléctrica la tienen solo gracias a generadores a gas o pequeños paneles solares. Tampoco hay agua por tuberías, pese a que la comunidad queda frente al caudaloso Orinoco y dispone de un tanque gigante que podría abastecer a toda Santa Catalina. Falta transporte público para traslados médicos de emergencia o para proveerse de insumos y alimentos. Decenas de casas quedaron abandonadas por la emigración.

Hace poco más de un siglo, la comunidad «miraba al futuro», como informaban las reseñas de época citadas por el padre Ugalde: la Orinoco Company, sucesora de la Compañía Manoa, instaló una planta de vapor para el procesamiento del balatá, avanzó en la construcción de una carretera que debía llegar hasta el municipio El Palmar del estado Bolívar, y la Minnesota Street, como se llamaba la vía principal del pueblo en los tiempos del plan colonizador del proyecto Manoa, conducía a los potenciales colonos a la sede de la empresa y al hotel. También, en ese tiempo, había policía.

## 34 Amazonas en curiara al rescate

Cuando una joven estudiante de 16 años se fue con los guerrilleros una noche de finales de mayo de 2023 para no volver, sus familiares no hallaron un policía o guardia a quien pedir ayuda. Por eso, tuvieron que salir a buscarla a la mañana siguiente con apoyo de las mujeres de la comunidad. Una de ellas recuerda que le avisaron sin medias tintas que su ahijada «se fue con un pata e goma».

«¿Se la llevaron a la fuerza?» preguntó.

«No, se fue».

La estudiante se había ido voluntariamente con Juan, el mayor de los tres hijos de *El viejo*. Ambos se fueron a pie hasta el campamento de la guerrilla por un camino lleno de monte y empantanado. Su familia sostiene que Juan la enamoró por teléfono.

La mañana después de la huida, las mujeres se organizaron. Se repartieron en las pocas calles del pueblo y fueron sumando a otras. «Había hombres, pero no veíamos conveniente que fueran».

Pensamos que a nosotras no nos iban a hacer nada y que llevar hombres podÃa verse como una provocaciÃ³nâ•, cuenta una mujer, de 53 aÃ±os de edad, que participÃ³ en la gesta. â•?â•?Vamos, que no nos va a pasar nadaâ•?, les decÃa, y asÃ fuimos 34 mujeres en una curiara [una embarcaciÃ³n de madera, ligera y alargada, por lo general escarbada de un solo tronco, propia de la Orinoquia y de la AmazonÃa] grandÃsima. Aparte de nosotras solo iban tres hombres: su papÃ, el motorista y un menor de edad que conocÃa la rutaâ•. En el trayecto, las mujeres lloraban.

El jefe con el que entonces tenÃan que hablar para traer de vuelta a la joven era el mismÃsimo *El viejo*, luego fallecido. La mujer recuerda que llegaron a la orilla y, mientras caminaban al campamento, notaron que habÃa vigilancia por parte de unos uniformados que trataban de no ser vistos entre el monte. Frente a las mujeres, *El viejo* insistiÃ³ en que la joven no habÃa venido obligada.

Las mujeres pidieron verla. Esperaron dos horas. La joven, vestida de civil, por fin apareciÃ³, acompaÃ±ada o escoltada por dos mujeres. Se detuvo a 200 metros de las de Santa Catalina. No querÃa caminar mÃs. No hablaba, no respondÃa a las preguntas. â•?Me armÃ de valor y pasÃ en medio de los hombres que tenÃan las armas cruzadas para impedirnos el paso. La agarrÃ y la cargamos por los brazos. Ella se resistÃa, querÃa quedarseâ•. Cargaron con ella y la embarcaron.

En el trayecto de regreso a Santa Catalina, la estudiante querÃa lanzarse al rÃo. Dos embarcaciones de la guerrilla las seguÃan, pero las mujeres apuraron la navegaciÃ³n y llegaron primero al pueblo. â•?Cuando llegamos habÃa muchÃsima gente, subimos y la dejamos en su casaâ•. Tuvieron que sedarla para que la muchacha se tranquilizara.

Aprovechando la presencia de los guerrilleros en la comunidad, los pobladores convocaron de inmediato a una reuniÃ³n; calculan que serÃa la tercera desde la llegada de aquellos a la zona. El colectivo de los nativos querÃa poner un alto al asentamiento de los guerrilleros. Esto no podÃa continuar.

AsÃ fue como, el 23 de mayo de 2023, a las 11 de la maÃ±ana, la asamblea comenzÃ³. â•?Nosotros no los queremos en Catalinaâ•, se atrevieron por fin a decir a los guerrilleros.

â•?Una de las mujeres los enfrentÃ³ y les dijo que, si querÃan reclutar niÃ±os, que fueran a Colombia, que allÃ ya estaban acostumbrados a eso, â•?respeten a nuestros niÃ±os, aquÃ hay leyes y ustedes les estÃn violando sus derechosâ•â•, recuerda un comerciante de 45 aÃ±os.

â•?Oramos mucho para que se vayan de la comunidad â•?insistiÃ³ la mujer, segÃn el relato del comerciante.

â•?Nosotros estamos aquÃ porque el gobierno nos lo ha permitido. No estamos acÃ de manera improvisada, estamos acÃ porque el gobierno quiere que estemos â•?respondiÃ³ uno de los uniformados.

â•?No somos ni de colectivos ni de la guerrilla. No queremos agradecerles a ustedes, pero tampoco a ningÃn sindicato. El hecho de que ustedes estÃn acÃ nos pone en riesgo â•?intervino una habitante de Santa Catalina en el intercambio, quien, a pesar de ese lance de coraje, hoy admite que la situaciÃ³n la atemoriza, le ha quitado el sueÃo.

---

A tres metros del ataúd de *El viejo*, mientras una decena de mujeres rezan el rosario, unos niños corren, gritan y brincan; ninguno tiene más de 10 años de edad. En una esquina, los lugareños toman cervezas; en otra, juegan dominó. El funeral nutre el cotilleo del día. Se está viendo como algo normal. Los niños crecen viendo esto. Los idolatran, los ven como una figura y eso es preocupante, dice un pescador de la comunidad en relación a los guerrilleros.

¿Son guardias, mami? ¿Son policías? le preguntó una niña de ocho años a su mamá, una mujer de 45 años, al ver por primera vez a un grupo de hombres armados y uniformados en la antigua Minnesota Street.

Son policías le respondí en seco para no entrar en detalles sobre el porqué de la presencia de los sujetos, detalles que podrían resultar inoportunos.

¿Y si ellos nos matan, mami? Dios los va a castigar, ¿verdad? insistió la niña, curiosa.

Por eso queremos irnos. Por ella, dice la madre de la niña, una mujer de 45 años. Lo dice ahora con sus ojos castaños empañados por las lágrimas, al repasar para esta cobertura las primeras aproximaciones de su hija con los uniformados.

Está bien entrada la noche y todo indica que el entierro será el domingo próximo. Mujeres y hombres armados permanecen alrededor del ataúd. Los catalinenses se han ido a dormir, pero algunos contarán después que vieron interrumpido su sueño por disparos al aire, ocho al menos. Los nuevos colonos están marcando terreno en una región indómita y que, de acuerdo con los viejos colonizadores, parecía destinada por la naturaleza a ser la provincia más productiva de América.

---

*Por consideraciones de seguridad, en esta historia se omiten los nombres de los reporteros y de las fuentes sobre el terreno.*

**Fecha de creación**  
2025/07/27